
Fórum Barcelona 2004: un acontecimiento original

Jaume Pagès

El nuevo siglo ha comenzado en un contexto internacional en el que se da por hecha la globalización de la economía –con un debate cada vez más enconado sobre sus consecuencias– mientras que, por otro lado, la cultura, lejos de globalizarse, parece convertirse en un obstáculo o al menos en una barrera para el entendimiento entre los pueblos. Entre las teorías del «choque de las civilizaciones» de Samuel P. Huntington (véase el libro del mismo título, Paidós, 1997) y los análisis geo-estratégicos basados en meros equilibrios de poder militar, están surgiendo nuevas interpretaciones del valor de la cultura y de la civilización como el mejor camino para la paz y el entendimiento entre los pueblos.

Voy a tratar de esbozar en este artículo qué pretende conseguir en ese sentido el Fórum Universal de las Culturas que tendrá lugar en Barcelona entre el 9 de mayo y el 26 de septiembre del año próximo y prefiero comenzar aludiendo a esas innovadoras interpretaciones de la cultura como el principal «activo» social y como el

capital más importante que es preciso cultivar en todas sus diversidades porque puede ser, en efecto, la condición necesaria para una convivencia en paz.

Tal parece, en efecto, como si a medida que los esquemas y reglas de funcionamiento de la economía y las pautas sociales de moda y consumo se uniformizan se produjese, al mismo tiempo, una reacción en búsqueda de identidades propias que a veces se defienden con intolerancia e incluso con una violencia extrema. Y es un fenómeno que no puede atribuirse sólo a los llamados fundamentalismos religiosos. La realidad –incluso en ámbitos culturales relativamente homogéneos– es que, a medida que aumenta una filosofía de vida ecléctica en la que se pretende forjar valores universales que se quieren hacer «ecuménicos» dejándolos en casi mínimos para que sean aceptables por cualquier posición ideológica, ese intento de tolerancia convive –lo sabemos muy bien en Europa– con las más exasperadas posturas de búsqueda de la diferencia, de ideologías de la exclusión, cuando no del racismo y la xenofobia más agresiva que hayan conocido las diferentes civilizaciones.

Parto del principio de que la intolerancia y la incomprensión derivan siempre de la ignorancia y del fanatismo y no de la defensa de los propios valores. En otro sitio he escrito que la verdadera maldición bíblica en Babel no fue la diversidad lingüística –que, lejos de ser un castigo, ha demostrado ser una de las grandes riquezas de la humanidad– sino el hecho de que, hablando distintos idiomas, los hombres no lograran entenderse, siendo éste el verdadero motivo de la confusión.

Nunca fui muy partidario de aquel primer Francis Fukuyama, *best seller* mundial que proclamó alegremente el «fin de la historia» con una convergencia intelectual de perfiles liberales. Afortunadamente, y mas allá de un hegelianismo interpretado de forma bastante simplista, el «espíritu de los pueblos», en términos culturales,

tiende más bien a la pluralidad... e incluso a una diversidad muy extrema que subsiste y no queda laminada siquiera por la uniformidad de determinados contenidos del cine o de la televisión ni por la internacionalización de determinados hábitos gastronómicos no precisamente saludables.

En dos de sus últimas obras el ingenioso profesor que produjo un revulsivo mundial con el famoso artículo publicado en la *Harvard Business Review*, luego convertido en libro superventas, ha desandado un poco sus pasos y de forma muy inteligente. Me refiero a sus obras *Confianza* (Ediciones B, 1998) y *La gran ruptura: naturaleza humana y reconstrucción del orden social* (Ediciones B, 2000), en las que, en primer lugar, advierte el error de reducir la política social a mera ciencia y redescubre que la mayoría de las cuestiones relevantes no pueden comprenderse mediante números, ni siquiera las que pertenecen al ámbito de la economía.

«El capital social –escribe en la primera de las citadas obras– resulta esencial para la prosperidad y para lo que se ha dado en llamar competitividad, pero puede que sus consecuencias más importantes no se perciban tanto en la economía como en la vida social y política. Las consecuencias de la sociabilidad espontánea no son fáciles de reflejar en estadísticas de ingresos globales. Los seres humanos tienen un lado ferozmente egoísta y otro social, que rechaza el aislamiento y disfruta del apoyo y el reconocimiento de los otros». Una hermosa forma, creo yo, de enunciar los motivos que fundamentan los tres ejes temáticos del Fórum Barcelona 2004: diversidad cultural, desarrollo sostenible y condiciones para la paz.

El concepto de capital social; la idea sajona, difícilmente traducible, de *communitarism* –que quiere connotar una sociedad civil más activa y consciente de su papel en la vida pública, a medio camino de la visión marxista y de la interpretación liberal– y expresiones probablemente difíciles de encajar todavía en un castellano

puro como «convivencialidad» están generando en los últimos tiempos bastante literatura. Y esa floración de nuevas versiones sobre el valor de las culturas para la convivencia me hace pensar que el planteamiento del Fórum 2004 –siendo complejo por su originalidad, ya que no tiene precedentes de eventos similares– no sólo no es ilusorio sino que parece cada vez más necesario.

Una interesante recopilación reciente encargada por la Fundación Berstelmann a Robert Putnam, otro reconocido filósofo social, se titula precisamente *El declive del capital social* (Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, 2003). En esa obra colectiva expertos de todo el mundo –incluido nuestro Víctor Pérez Díaz, que tan profundos análisis ha hecho sobre el resurgir de la sociedad civil– ponen de manifiesto, desde ópticas muy diversas, esa paradoja que Fukuyama no supo advertir: tras la caída del comunismo y el autoproclamado triunfo de la sociedad liberal parece crecer la insatisfacción sobre el funcionamiento de las democracias representativas y, al mismo tiempo, se producen excesos y retrocesos en los sistemas totalitarios que parecen absolutamente inmunes a ese «virus» aparentemente indestructible del liberalismo.

Terry Eagleton, profesor de Oxford, y un claro representante de la filosofía de izquierdas, va incluso más allá en su libro *La idea de cultura. Una mirada política sobre los conflictos culturales* (Paidós, 2001). De su visión no sólo se desprende el error de Marx y de Engels de considerar la cultura como mera techumbre de «superestructura» que se derrumbaría al cambiar de raíz las bases del sistema de propiedad, producción y reparto. Llega a afirmar, literalmente, que en nuestros tiempos la cultura no sólo es un antídoto contra la política sino, más aun, la continuación de la política por medios mucho más eficaces, remedando el famoso dicho de la guerra y la política. O de la guerra y los militares, porque lo que Eagleton viene a decir es que la cultura es algo demasiado importante como para dejarla sola en manos de los gobernantes.

«Durante un tiempo –escribe– la cultura fue una noción demasiado selecta; ahora es un término elástico que apenas deja nada fuera de él». Y cita a Andrew Milner, que ya anticipó hace una década (*Culturalism Materialism*, Melbourne, 1993) lo que sería uno de los principales déficits del siglo XXI: la «cultura» y la «sociedad» –escribía en 1993, cuando no se había generalizado aún Internet– no sólo han sido excluidas de la política y de la economía en las democracias industriales modernas... sino que la sociedad de hoy se concibe como una sociedad específica y singularmente asocial, una sociedad cuya vida económica y política se caracteriza por carecer de normas y permanecer exenta de valores; una sociedad, en suma, sin cultura.

Y es –creo yo– esa asocialización de la cultura o esa aculturación de la sociedad lo que está, como decía al principio, en el origen de nuestros problemas. Tradicionalmente –y éste es un *leitmotiv* de libros tan diversos como los que acabo de citar– la cultura se entendía como un modo de sumergir los particularismos en un *medium* más amplio y englobante. Ahora significa, más bien, la afirmación de identidades específicas en vez de su superación. Así –dice Eagleton– «la cultura ha pasado de ser parte de la solución a ser parte del problema».

Éste es precisamente el problema que tenemos que resolver y el Fórum de Barcelona –y los sucesivos que se organizarán– aspira a contribuir a devolver carta de naturaleza «política» –en el sentido más noble y amplio: las cuestiones que conciernen a la *polis*– a la cultura.

Desde una óptica latinoamericana George Yúdice habla, en ese sentido, de la cultura como principal recurso. En *El recurso de la cultura. Usos de la cultura en la era global* (Gedisa, 2002), este brasileño profesor de la New York University –que ha realizado amplios estudios sobre América Latina– rechaza de forma muy matizada las teorías de la polarización y de los teóricos que –«en su mayoría

presumiblemente situados en la izquierda» (*sic*)– piensan que las guerras culturales son impulsadas por las diferencias de clase y de raza. Y responde también a los conservadores que –probablemente sin ser conscientes de ello– utilizan para explicar los conflictos ese concepto de «hegemonía» con el que Gramsci, teórico del eurocomunismo, enmendó a Marx.

«Hasta no hace mucho –escribe Yúdice– se consideró que la influencia económica y mediática de Estados Unidos y de Europa occidental constituía un imperialismo cultural». Los hechos han demostrado que no es así hasta el punto de que un ex alto funcionario de la Administración Clinton, Joseph Nye, ha dedicado otro interesante libro reciente, *La paradoja del poder norteamericano* (Taurus, 2003), a demostrar que la reacción contra los Estados Unidos no se debe tanto a las discusiones sobre la legitimidad de la intervención en Irak como al hecho de que Norteamérica, como las potencias europeas, están descuidando lo que él llama «poder blando», que es precisamente el que se refiere a la difusión y defensa de los principios culturales de la sociedad abierta: libertad, respeto y tolerancia.

Yúdice cita a Javier Pérez de Cuéllar, ex secretario general de la ONU, quien en un informe a la UNESCO (*Our Creative Diversity*, 1996) afirmaba literalmente que «los derechos económicos y políticos no pueden comprenderse si se los separa de los derechos culturales». Y abunda en ese concepto de la cultura como principal *recurso* para la convivencia y la paz que hilvana todas las interpretaciones que hasta ahora he mencionado. Creo que fue James Wolfensohn, presidente del Banco Mundial, quien por primera vez formalizó –¡a finales de los noventa!– desde una institución multilateral la necesidad de incluir la cultura como catalizador del desarrollo. No hacía sino aplicar teorías de muchos autores, entre ellos Jeremy Rifkin, el controvertido autor de *El fin del trabajo. Nuevas tecnologías contra puestos de trabajo* (Paidós, 1996), o Robert Reich, en

El trabajo de las naciones (Vergara, 1993), en las que se ponía de manifiesto que la cultura tendría que ser el verdadero fundamento del «nuevo» socialismo y del «nuevo» capitalismo incluso si ambos, efectivamente, no convergían.

No voy a extenderme más en consideraciones sobre el valor que hoy tiene la cultura. Mi formación es de ciencia positiva y sería temerario por mi parte abundar en esas ideas de filosofía social que están espléndidamente ilustradas en la bibliografía tan concreta y tan diversa como la que acabo de citar.

Pero como hombre de ciencia estoy convencido de que la evolución de la humanidad ha sido un proceso histórico marcado por hitos importantes. Y ahora estamos ante el reto de socializar la cultura, la cual no deja de ser un nuevo y trascendental «cultivo». Me voy a permitir, por ello, un pequeño *travelling* histórico.

Con el descubrimiento de la agricultura, la revolución del Neolítico fija al hombre al territorio. Aparece la ciudad como forma de implantación territorial y al mismo tiempo de convivencia organizada. Con aquella revolución que generaliza el sedentarismo y abandona las formas nómadas de existencia, empieza un proceso imparable de conquista del territorio. Conquista y dominación primero, busca de espacios de cultivo después; con la revolución comercial, búsqueda de nuevos «cultivos», esta vez de materias primas. La revolución industrial, por último, se centra en el logro de máquinas que prolongan la capacidad física del hombre para actuar y «cultivar» esas materias. Ahora estamos en una nueva revolución, la revolución del conocimiento, que permite prolongar la capacidad intelectual de las personas –esta vez el «cultivo» de la cultura, entendida como conocimiento que crece a medida que más se comparte– gracias a las nuevas tecnologías que dan soporte a la sociedad de la información.

Me interesa resaltar que en este proceso de dominación el primer objeto a conquistar fue el territorio, que cambió al nómada

en sedentario. Y el territorio tiene una propiedad muy característica: es parcelable. La ciudad tiene sus límites, los campos de cultivo también los tienen. El hombre se va acostumbrando a distinguir entre lo conquistado y el resto. Hay un exterior. Mi choza es mi casa, y es distinta de los campos de cultivo, que, a su vez, son fácilmente distinguibles del bosque, de la selva o del desierto. Mi campo tiene sus límites y la sociedad puede distinguir entre mi campo y el de mis vecinos. En Egipto se inventa la geometría para recomponer las parcelaciones después de las avenidas del Nilo.

El proceso de conquista de la tierra describe, por tanto, una buena parte de la historia de la humanidad. Los romanos transforman el Mediterráneo en un *Mare Nostrum*. En el siglo XVI, se inicia el proceso para circundar el planeta y arranca con ello la primera «globalización». Navegantes españoles y portugueses cruzan el Atlántico y el Pacífico. Algo más tarde, los ingleses descubren Australia, y ni siquiera la Antártida deja de ser objeto de exploración, ocupación y parcelación. En el siglo XX no queda ningún rincón por descubrir.

Sin duda, la aventura de la humanidad es apasionante. Y, sin duda, en esta aventura el progreso ha sido impresionante. Tal progreso es objetivable a través de indicadores diversos: población mundial, duración media de vida, esperanza de vida, producto interior per cápita, índices de desarrollo cultural o humano y otros muchos valores. Algunos son valores relativos que ciertamente ponen de manifiesto diferencias enormes. No voy a entrar en su análisis porque mi objetivo es otro. Me interesa poner de manifiesto que este desarrollo se ha realizado siempre asociado al referente de la parcelación que nos viene del Neolítico, moviendo fronteras. El progreso ha consistido en incorporar a lo dominado parcelas que formaban parte del exterior. El «exterior» a descubrir ha sido un aliciente para la inquietud del *homo sapiens*.

En sus diversas formas, mover la frontera ha sido un *leitmotiv* en el proceso de desarrollo histórico de la humanidad. Y sin duda va a seguir siéndolo. Ahí tenemos los viajes a la Luna y a los planetas del sistema solar que, sin duda, constituyen la versión siglo XX de los grandes descubrimientos, a los que seguirá sin duda la colonización. Sin embargo, si nos limitamos a nuestra relación con la Tierra, algo importante ha sucedido, en este siglo XX, relativo a este impulso de conquista.

En primer lugar, por lo que a la Tierra se refiere, la conquista ha terminado. Ciertamente, ya sabíamos que nuestro planeta era esférico, pero yo diría que hasta este siglo pasado, y aun a finales, la humanidad no ha tenido la sensación de que la conquista había concluido realmente. Esto es muy importante. Porque el fin del proceso de conquista representa sin duda una inflexión en la evolución del desarrollo y del progreso humano.

La Segunda Guerra Mundial –el primer gran mazazo a las ideologías del progreso sin límite– pone de manifiesto de una forma cruda y sangrante que la globalización es ya un hecho en 1945 y que sus consecuencias pueden resultar nefastas si no se encauzan. Aunque se haya denominado mundial, de hecho la contienda de 1914 fue una contienda europea. La de 1945 no; aquel gran conflicto de alguna manera confirmó, y de forma terrible, que el proceso de dominio sobre el territorio había agotado sus posibilidades.

Pero no es sólo eso, con ser importante. En Barcelona se está construyendo una catedral, la Sagrada Familia, de Gaudí. Pues bien, en el proyecto trabajan dos equipos de arquitectos, uno local desde una Escuela de Arquitectura de la Universidad Politécnica, de la que yo fui rector, y el otro desde Auckland, en Nueva Zelanda. Trabajan sobre los mismos planos, porque los descansos de un equipo coinciden con la jornada de trabajo del otro. Podría citar más ejemplos. Pero no creo que sea necesario. Hoy la información se transmite a la velocidad de la luz en tiempo «real», y esto empe-

queñece nuestro planeta y a la vez genera grandes oportunidades, y también nuevas dificultades y retos.

No voy a dedicar más espacio a reflexionar sobre el proceso de globalización y sobre el impacto de las tecnologías de la información y comunicación, las famosas TICs. Es algo muy analizado. Me interesa, en cambio, llamar la atención sobre otro fenómeno vinculado a la globalización que, a mi entender, vale la pena considerar por su singularidad.

He intentado poner de manifiesto que el movimiento de fronteras había sido un acicate para el progreso de la humanidad. Me he remontado al Neolítico porque es precisamente entonces cuando nacen las fronteras, en el momento en que el hombre se fija sobre el territorio y empieza la aventura de su conquista. Y he dicho que el territorio es parcelable. Después he analizado cómo en la Tierra el exterior se ha terminado y por lo tanto el proceso histórico sufre necesariamente una inflexión. Esto ha sucedido en el siglo XX.

Pero han sucedido más cosas. Una, muy singular, es que en la segunda mitad de este siglo XX pasado hemos empezado a caer en la cuenta de que la Tierra es algo más que territorio. Porque es también atmósfera y agua (océanos y mares). Y esta parte, muy importante, de nuestro planeta, *no es parcelable* como el territorio. Históricamente se han generado legislaciones que han pretendido el dominio de los mares con poco éxito. A finales del siglo XX empezamos a tomar conciencia de un nuevo aspecto de la globalización: la atmósfera que compartimos, queramos o no. Todos respiramos el aire que algunos contaminamos. Las masas forestales enriquecen con oxígeno la atmósfera común. De forma semejante, la difusión en los océanos es una realidad global. Y los océanos, también *volens nolens*, los compartimos.

Estamos, en definitiva, obligados a compartir recursos globales. Las actuaciones de una parte de la humanidad afectan inevita-

blemente al resto. Y también afectan al futuro, al futuro global de la humanidad. El Club de Roma, en el informe Meadows titulado «Los límites del crecimiento», hacía una primera llamada a la reflexión sobre el desarrollo y sus posibles límites. Aunque no fuera capaz de prever con muy poco tiempo la primera crisis del petróleo, y aunque las previsiones de aquel informe han sido desmentidas rotundamente por la realidad, tuvo al menos el enorme mérito de sembrar la semilla de la inquietud sobre el futuro del desarrollo. A partir de aquel informe, aparece una conciencia crítica con respecto al progreso ilimitado, y surge una conciencia crítica sobre el posible impacto de la actuación del propio hombre, ya que descubrimos cómo este impacto condiciona la vida de los demás y puede condicionar la supervivencia de nuestros sucesores. Nace así el concepto de desarrollo sostenible como aquel desarrollo compatible con oportunidades de futuro para las generaciones venideras.

En definitiva, la sostenibilidad del desarrollo es un concepto íntimamente vinculado a la globalización. Lo está en sus orígenes, pero lo está también en sus planteamientos. El proceso de globalización en sí, evidentemente, tiene muchas otras vertientes, como hemos visto: tiene estrechos vínculos con el desarrollo de la sociedad de la información, los tiene con el desarrollo del comercio y de los flujos de capitales y por ende con el desarrollo económico, los tiene con el mantenimiento o no de la diversidad cultural, los tiene, en fin, con el gobierno de las sociedades, y por lo tanto con la política y con las opciones para construir condiciones de convivencia pacífica –la famosa «convivencialidad»– entre una humanidad más bien acostumbrada a dirimir sus diferencias haciendo uso de la violencia.

Por su enorme importancia y por su potencial trascendencia la globalización genera esperanzas en unos, oposición abierta en otros y suspicacias en muchos. Hay quien está convencido de que

es una herramienta eficiente para la mejora de la situación global. Hay quien ve en el proceso una herramienta para incrementar aún más el peso político del poder económico y teme que la globalización vaya acompañada de un proceso de homogeneización cultural que rechazan. En cualquier caso, es un proceso que sin duda va a marcar el futuro de la humanidad, afectando a las condiciones de vida de todos los ciudadanos; un proceso del que no tiene sentido excluirse.

En este sentido, en Barcelona estamos preparando una respuesta propia desde la conciencia de que existen oportunidades que nunca antes se habían presentado, pero también desde un realismo convencido de que las dificultades son también enormes. La iniciativa conjunta de tres administraciones públicas de diferente signo político –la Administración del Estado, la Generalitat de Catalunya y el Ayuntamiento de Barcelona– ha decidido convocar un acontecimiento multitudinario, participativo, para promover la conciencia global y el intercambio de teorías, de opiniones, de experiencias y de sentimientos en torno a la globalización.

Un acontecimiento que pretende una aproximación intercultural al proceso de globalización y que denominamos «Fórum Universal de las Culturas». Un evento inédito, que no tiene precedentes pero que, como acabo de explicar, no sólo es muy actual sino que tiene ante sí un futuro ya definido.

Si en el siglo XX fueron importantes las Exposiciones Universales, cuyo objetivo era la promoción del comercio y en las que se convocaban y daban cita los Estados, pensamos que en el siglo XXI son los pueblos, las diferentes culturas, los que deben ser convocados. Porque van a ser el principal pilar de una nueva política y de formas más armónicas de convivencia.

En el caso de Barcelona –que será la primera edición de convocatorias sucesivas– el Fórum, como he dicho, tiene tres ejes, los tres importantes y vinculados con el proceso de globalización:

- La diversidad cultural.
- La sostenibilidad del desarrollo.
- Las condiciones para la paz.

El Fórum tiene, además, el respaldo de la UNESCO, que lo aprobó por unanimidad en su Asamblea General de noviembre de 1997 y que se ha comprometido a seguir su evolución.

Se va a desarrollar a lo largo de 20 semanas (del 9 de mayo al 26 de septiembre) en diversos formatos:

- *Diálogos*, relacionados directa o indirectamente con los ejes del Fórum y en busca de conclusiones sobre cómo afrontar el futuro. Como ejemplos, tendríamos diálogos sobre el papel de la juventud, la justicia, la ciencia y la tecnología, las mujeres, la religión, la empresa, el trabajo, la economía, el voluntariado, las ciudades, el arte, la palabra, los medios de comunicación....
- *Vivencias*, promovidas a través de grandes exposiciones (5 propias y 19 coproducidas con museos e instituciones diversas), de un Festival de las Artes (teatro, música, danza...) y de la creación en la ciudad de un ambiente multicultural y favorable al intercambio promovido a través de muestras diversas (gastronomía, mercados, artesanía, solidaridad, cooperación).

Para su realización, la ciudad está renovándose. Barcelona ha marcado siempre su desarrollo urbano con hitos ligados a acontecimientos internacionales. Fue así en 1888, lo fue en 1929 con la Exposición Universal y lo fue en 1992 con los Juegos Olímpicos. Ahora la ciudad está ordenando una parte de su territorio especialmente degradada. Es la zona nordeste, en el límite con otra ciudad, Sant Adrià del Besòs. Una zona que tradicionalmente había

acumulado infraestructuras incómodas: depuración de aguas residuales, incineración de residuos urbanos y generación de energía, y de la que forman parte también algunos de los barrios más conflictivos de la ciudad, con un alto grado de marginalidad y una grave problemática social.

La manera en que se está desarrollando la transformación tiene que ver con la sostenibilidad. Se trata de dejar de ubicar en el extrarradio de la ciudad estas infraestructuras, para integrarlas en el tejido urbano. Es decir, de utilizar la cultura, el equipamiento cultural, como un recurso básico para el desarrollo. Como una inversión que no sólo tiene retornos intangibles sino expresables en términos de economía. Para ello hay que realizar un importante esfuerzo, y acompañar la modernización con la instalación, en el mismo entorno, de otras infraestructuras *amigables*. Se está construyendo un puerto deportivo, un parque con grandes auditorios al aire libre y un centro de convenciones que va a permitir que la ciudad pueda acoger convenciones de hasta 20.000 participantes, una de las mayores infraestructuras para congresos de Europa.

El presupuesto global de la remodelación urbanística supera los 2000 millones de €, de los cuales aproximadamente la mitad los aporta el sector privado. Para el acontecimiento disponemos de un presupuesto de 300 millones de €, el 60 % aportado por las tres administraciones y un 40% por la iniciativa privada: patrocinadores y público. Pretendemos como objetivo alcanzar, en las 20 semanas, cinco millones de participantes presenciales, 50 millones a través de Internet y 500 millones como impacto a través de la difusión mundial por los medios de comunicación.

Es un objetivo ambicioso pero al mismo tiempo realista y creo que lo podemos cumplir. Un reto apasionante aunque sólo sirva para que el diálogo se enriquezca y se traduzca en un debate creativo en torno a los grandes problemas y oportunidades de nuestro tiempo. Y con una agenda de principios y valores que –y con esto

concluyo— es difícil no compartir sea cual sea el origen, la situación social, la ideología o las creencias de tantas personas que van a participar en él.

El Fórum, en definitiva, no parte de una especie de relativismo cultural en el que valga todo. No es por tanto un acontecimiento ecléctico, sino un intento de diálogo imbuido de «pluralismo» y del respeto a una serie de principios (que se enuncian a continuación) y que pueden ser plenamente aceptados desde la más amplia diversidad. Ojalá que en ese diálogo seamos capaces de pasar de ese mínimo común denominador a un máximo común múltiplo.

J. P.